

# CAMBIOS LINGÜÍSTICOS Y CAMBIOS TEXTUALES

*Roger Wright*

**A**l estudiar la lengua contemporánea podemos aprovecharnos de las grabadoras, de los medios de comunicación, y de los oídos; se da por sentado que no nos conviene limitarnos a datos escritos. Pero si estudiamos la lengua de cualquier época pasada, todos los datos directos que tenemos están escritos. Es posible trazar cambios verificados en la presentación de los datos textuales, y de vez en cuando sacar conclusiones sobre si la lengua hablada ha cambiado también. Pero estas conclusiones no suelen ser sencillas, porque los enlaces que hay entre la escritura y el habla resultan diversos en las diferentes comunidades y épocas.

Hay diferencias entre el habla y la escritura que se verifican en todas las comunidades no analfabetas. La escritura requiere mayor preparación y da lugar a mayor conciencia de sí; suele abarcar giros sintácticos más explícitos y más complicados, mientras que el habla suele resultar más versátil y variable dentro de los parámetros de la sociolingüística, con mayor incidencia de frases defécticas, morfología de la primera y segunda personas, elipsis y redundancia, etc. La escritura refleja y crea a la vez normas de prestigio, ya que en la enseñanza, sobre todo dentro de la ortografía, se suelen indicar las formas "correctas", aunque éstas no se relacionen directamente con los rasgos fonéticos de la palabra hablada.

Sin embargo, no deben exagerarse las diferencias entre escritura y habla en los campos de la morfosintaxis y del léxico. Estas diferencias son estadísticas, nada más. Es posible transcribir el habla sin hacer cambios morfosintácticos ni léxicos, y los dramaturgos y novelistas de instinto realista a menudo tienen éxito en tal tentativa. Es posible leer los textos en voz alta de manera que los entiendan hasta los analfabetos y los

niños; y si esto resulta imposible en un caso determinado, el problema suele hallarse más en el contenido que en la lengua. Los rasgos que predominan en una de las dos modalidades no suelen prohibirse enteramente en la otra (salvo en algunos casos extremos como el árabe).

A veces se puede oír hablar a las personas altamente letradas de una manera esencialmente típica de la modalidad escrita. Se dice a veces que la escritura puede refrenar el cambio lingüístico; no es que pueda impedir que surjan variaciones nuevas, que surgen de por sí en todas las sociedades, sean letradas o no, pero sí es cierto que la escritura puede impedir que caigan enteramente del uso los rasgos anticuados que compiten con los nuevos. Resultan de esto, entonces, que las comunidades alfabetizadas abarcan mayor variabilidad que las otras, en la medida en que los textos y los rasgos textuales siguen generalmente comprensibles, de una manera pasiva, aunque contengan giros y palabras que se van perdiendo en el habla. Pero un rasgo que es entendido por la mayor parte de los hablantes, aunque lo digan solamente raras veces, queda dentro de la lengua; por ejemplo, en el español moderno, apenas se usa nunca el subjuntivo futuro (fuere, hallare, escribiere, etc), pero suele entenderse cuando se encuentra, y de vez en cuando todavía se usa de manera activa. Las formas pretéritas del verbo francés se encuentran en la misma categoría; y la vieja morfología nominal del latín imperial parece haberse encontrado así en la temprana Edad Media románica, en tal existencia crepuscular, entendida por casi todos y usada en el habla por casi nadie, sólo a causa de su existencia en los textos.

## **Cambio ortográfico y cambio fonético**

Los enlaces que hay entre lo escrito y lo hablado son más complicados dentro del campo fonético, porque

es imposible representar directamente y de manera global todo lo fonético. Al menos sería posible reproducir en el papel la morfosintaxis y las palabras habladas exactamente tales como se oyen en la grabadora; pero no hay sistema de transcripción fonética que reproduzca exactamente todos los detalles de la entonación, del ritmo, de las frecuencias acústicas, etc., aunque estos rasgos podrían tener su papel dentro de un cambio; y si se reproducen los espectrogramas o sonogramas de los especialistas de la fonética acústica, nos encontramos con otro problema importante; éstos no se pueden entender. El problema estriba en la finalidad de la escritura: la finalidad práctica de la escritura no es la de transcribir la fonética, sino la de indicar al lector la palabra y los morfemas de que consta. Si el lector consigue reconocer la palabra y los morfemas, no importa que la forma escrita no represente exactamente la fonética hablada; cuando leemos un texto, lo hacemos para entender su contenido, y para eso nos basta reconocer las unidades léxicas, transcribáse como se quiera. Es difícil leer las transcripciones fonéticas, incluso de nuestra lengua nativa, aunque en principio puede que luego resultaran más fáciles para los que aprenden a escribir.

Los que aprenden a escribir, en cualquier comunidad, aprenden la forma ortográfica, llamada “correcta”, de cada palabra que usan. Claro que, dentro de un sistema alfabético, aprenden a la vez la correspondencia usual entre letra y sonido, y en España también muchas veces entre una sílaba hablada y su representación normal escrita. Resulta por esto más fácil reconocer una palabra escrita en su forma correcta normal; los bonaerenses modernos leen la forma escrita *hallar* con mayor facilidad de lo que harían al encontrar la forma escrita [azá] que representa mejor su fonética; los españoles reconocen *querella* con mayor facilidad que la forma escrita [keréja] que representa mejor la fonética de la mayoría; los españoles del siglo diez reconocieron mejor la palabra escrita *filiam*, al leer un texto, que una forma eventual escrita (que no creo que se atestigüe) hija que (de hallarse) habría representado, de una manera más cercana, la forma hablada [híza]. Todo esto parece obvio, ya lo sé; pero no es lo que se suele decir dentro de la historia lingüística hispánica, en la que se suele sugerir que, por ejemplo, la forma *filiam* (encontrada en un documento del siglo diez) atestigüe una forma hablada [filiam] (o [filia]). Esta suposición es cuando menos ilógica.

Una vez reconocidos los morfemas y las palabras, el lector los lee en voz alta con la misma fonética que tengan las palabras en su uso normal. Aunque resulte más fácil reconocer la palabra “querella” en su forma escrita *querella*, esto no significa que los españoles la lean en voz alta [kwerella] ni [kwerelja]; reconocen la palabra, y por eso consiguen entrar en la definición léxica que hallan en su léxico mental; de ahí sacan la información instantánea de cómo se suele pronunciar la palabra. El lector de hace mil años vio la forma escrita *filiam* y, si la reconoció, consiguió por eso la entrada en la parte indicada de su léxico mental, y de ahí sacó, sin pensar en ello, la forma fonética [híza]. Hay palabras que el lector no reconoce en absoluto, y que por eso no existen en su léxico mental; únicamente éstas necesitan un recurso de otro tipo, tal como, por ejemplo, inventar una pronunciación adecuada a las letras escritas basándose en un sonido para cada letra. Por eso las formas supuestamente “cultas” del romance hablado del temprano medioevo suelen atestiguar incapacidad e inhabilidad más que cultura.

No se olvide que muchas lenguas se escriben de forma logográfica, en la que los símbolos representan una palabra entera sin, por lo común, interesarse en su fonética. Es muy práctico; por eso el chino escrito se entiende en todas las partes del mundo chinoleyente. Ortografías de origen fonográfico pueden también convertirse en logográficas; es lo que le ha pasado al inglés escrito moderno, que se entiende en todo el mundo angloleyente aunque variemos mucho en el habla; es lo que le pasó al romance temprano, que seguía escribiéndose de manera tradicional hasta este milenio y por eso se entendía en todas las partes del mundo románico. Esto es porque en los documentos escritos siempre se quiere representar la corrección ortográfica tradicional más que la fonética del hablante; y si da la casualidad de que representan ésta, suelen corregirse después. No es normal, pues, que los cambios fonéticos se reflejen en cambios textuales. Conviene que los filólogos siempre tengamos presente esta verdad.

Los errores ortográficos nos ayudan. A veces, en efecto, una forma incorrecta es tan corriente que se puede sospechar que se enseñaba como correcta: Carment Pensado ha deducido esto de la forma escrita *eglesia* del León de hace mil años. No podemos deducir de esta forma, sin más ni más, que se decía [eglesia]; las formas castellana *iglesia* y portuguesa *igreja* nos indican

que hay mayor probabilidad de una [i-] inicial que de una [e-]; de ahí que ni siquiera la forma incorrecta representara una transcripción fonética.

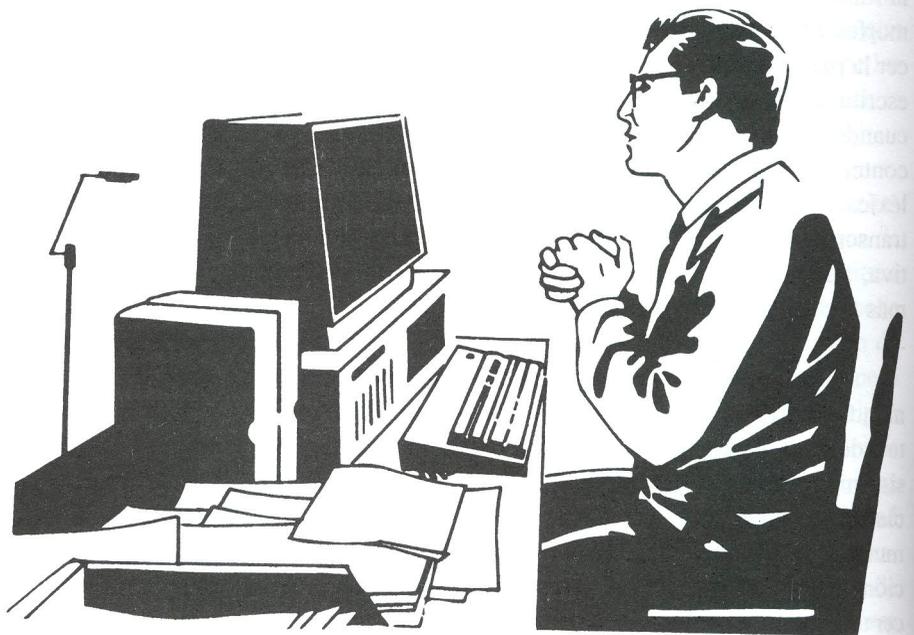
Hace un par de años publiqué un pequeño estudio en el que intenté descifrar cómo se enseñaba la ortografía en la Galicia de hace mil años, concentrándome en una palabra que no sufrió gran cambio fonético pero que sin embargo se escribió casi siempre de forma incorrecta; cambio textual que, por lo tanto, no puede atribuirse a un cambio lingüístico. (La palabra *sobriño*, correctamente, escrita entonces *sobrin-*, se halla muchas veces escrita *suprin-*). No repito aquí el argumento ni las conclusiones: sólo indico con este ejemplo que se puede ver un cambio textual ortográfico sin que se haya verificado cambio fonémico alguno (ni en la /o/ ni en la /b/).

De vez en cuando hay reformas intencionadas y oficiales de la ortografía. Los hay que las quieren promover hoy para el castellano. Yo no tengo nada que ver con esto, desde luego, pero si lo tuviera aconsejaría que no se hiciera. Tales reformas causan más problemas de los que solucionan. Para los filólogos, sin embargo, tienen el efecto de encender una luz. Al encontrar la nueva ortografía romance medieval (en Francia, Cataluña, Italia, Castilla, Galicia, Portugal, etc) podemos ver por fin el romance regional sin su disfraz tradicional, porque se supone —a lo mejor con plena razón— que los reformadores querían adecuar un símbolo escrito para cada fonema del habla. Pero no es siempre así. Algunas reformas tienen una finalidad opuesta; la Real Academia Española del siglo XVIII optó muchas veces por formas escritas que reflejaran con menor fidelidad la forma hablada (por razones etimológicas). Y como bien se sabe, los usos individuales de las primeras imprentas pueden despistar al fonetista histórico.

### Cambio textual y cambio morfosintáctico

En general, el cambio textual refleja con mayor fidelidad el habla contemporánea en los campos de la

morfosintaxis y del léxico. Las diferencias entre el habla y la escritura en estos casos resultan, como ya queda dicho, meramente estadísticas; y algunas viejas formas morfosintácticas se encuentran en algunas bocas y se entienden sin gran problema al encontrarse (a diferencia de lo fonético; si el anticuario o el extranjero dice [hahallado] en vez de [a:lado], *ha hallado*, no se hará entender). Los cambios morfológicos suelen basarse en un repartimiento novedoso de formas ya existentes a otras funciones, más que en la invención de morfemas enteramente nuevos. La forma moderna *andó* que ya viene reemplazando la vieja pero aún comprensible



*anduvo* representa la unión de dos morfemas de venerable tradicionalidad. En el siglo seis el uso de *cantare habeo* representó una combinación bastante nueva de morfemas ya reconocibles. Por eso, las innovaciones morfológicas suelen entenderse sin problema, sean destinadas o no a hacerse más tarde parte de la norma. Un *se videt* latino de uso no-reflexivo se habría entendido mucho antes de hacerse la norma, cuando iba decayendo la forma *videtur*. Eso es que, a diferencia de lo fonético, se puede deducir que la mayor parte de morfología seguía entendiéndose, y se nota en las célebres glosas riojanas del siglo once; al contrario de lo que se suele decir, los glosadores glosaban rasgos que sí entendían —si no los hubieran entendido, no hubieran sabido qué poner como glosa— pero son rasgos que, al releer el texto en voz alta, preferían sustituir por algo más normal

dentro del habla. Al cambiar la norma textual, en el siglo trece, tales rasgos anticuados desaparecen de la escritura activa, y su vida crepuscular se extingue; las formas sintéticas pasivas no se entenderán ni siquiera de manera crepuscular después del siglo trece, y el subjuntivo de futuro español desaparecerá de la misma manera en cuanto los abogados modernos se decidan a no usarlo más en sus fórmulas. No es preciso que todos los rasgos morfológicos desaparezcan con el mismo ritmo: dentro de los textos del siglo nueve español, por ejemplo, la morfología verbal suele escribirse de manera correcta e incluso hipercorrecta, y la morfología nominal parece decidirse más o menos al azar, por lo cual se puede deducir de estos textos que la morfología verbal antigua tenía en ese siglo una vida menos crepuscular y más activa que la nominal.

Dentro de los cambios propiamente sintácticos, los textos iluminan más, y la estadística basada en los textos (no enmendados) resulta ser la mejor arma que tenemos. La sintaxis obsesiona a los lingüistas modernos, pero es una obsesión moderna que apenas se halla dentro de las gramáticas romanas (aunque su presencia en las del Siglo de Oro español confunde a los escritores, sus textos, y a los filólogos modernos que se concentran en la época). Las nociones de lo "correcto" sintáctico nos despistan a los filólogos modernos más que a los escritores prerrenacentistas; si vemos los textos del siglo nueve, o del siglo catorce, sin interesarnos por la "corrección", puede que las estadísticas sacadas nos indiquen algo sobre al menos los registros más formales del habla. Parece probable, por ejemplo, que las estadísticas del orden del Sujeto, Verbo y Objeto (complemento directo) que se pueden sacar de los textos romances del siglo trece, tanto como de la *Peregrinatio Aethiopiae* (y, apostaría, muchos textos del milenio que los separa), y que se parecen mucho, reflejan el orden no marcado del habla.

### Cambio textual y cambio léxico

En el caso del cambio léxico, es posible que el cambio textual se encuentre antes del cambio en el habla (o incluso sin tal cambio). Si yo escribiera la forma *evolvimiento* (en vez de *evolución*), comunicaría lo mismo (por la analogía de palabras tales como *envolvimiento*), aunque a lo mejor tal forma no se verá nunca más. Tales formas nuevas creadas por la morfología derivacional tienen estatus léxico poco claro, y los diccionarios

suelen variar mucho entre sí sobre las formas que merecen inclusión; he discutido en otra parte si existen o no palabras tales como *desmitificables*, que se entenderían al encontrarse pero que quizás no querríamos por eso atribuir a la lengua hablada general. El español tiene mayores posibilidades de tal invención que la mayoría de las lenguas, por lo cual resulta mayor la dificultad de deducir el cambio léxico solamente del cambio textual. Se puede así mismo incorporar palabras extranjeras en un texto español (tales como *sandhi*), sin que tal prueba textual evidencie su incorporación léxica en la lengua común. Esto es lo normal, y por eso hay que experimentar un poco de recelo ante algunas de las palabras supuestamente tomadas prestadas del árabe durante la Edad Media; un escritor pudo incorporar una palabra árabe en su texto sin por eso verla incorporada en la lengua general. En los textos impresos, a veces vemos un indicio: si el impresor deja tal préstamo sin bastardilla ni comillas, a veces cabe deducir que la reconoce él (y no pertenece solamente al idiolecto del escritor), pero aun así tenemos que sentirnos seguros de las costumbres del impresor (muchos de los cuales, al principio, eran alemanes).

La pérdida léxica se parece a la pérdida de costumbres morfológicas; no se puede decir que una palabra que se halla casi únicamente en los textos haya salido de la lengua si, de encontrarse así, resulta aún comprensible. Es otro caso de existencia crepuscular. Algunos escritores de la temprana Edad Media (y algunos estudiantes de hoy) creen que es su deber emplear las mismas palabras que hallan en su texto fuente, aunque éstas no les resulten enteramente comprensibles (o bien, más que nada en tal caso). Otra particularidad del léxico es que existen palabras muy comunes que no se escriben en absoluto, por razones sociolingüísticas tales como la gazmoñería. No hay obscenidades dentro de los textos asturianos del siglo diez, pero de esto no hay que deducir que los asturianos nunca las hayan proferido en el habla.

### Cambio textual y cambio semántico

Una gran cantidad de palabras nos llegan de étimos de significación distinta. Hay procesos generales, pero para trazar la historia hay que analizar detalladamente cada ejemplo textual que tenemos de cada palabra que sufre tal cambio. Los escritores medievales pueden imitar la morfología y el léxico anticuados,

encontrados en sus fuentes, pero antes de la llegada de la moda del latinismo semántico del siglo quince no solían emplear palabras escritas con significado que no tenían en el habla. La palabra *poblar*, con el sentido español de “poblar” en vez del latinismo de “devastar”, se encuentra (escrita *populare*) en las historias asturianas del siglo nueve, por ejemplo, lo cual atestigua que este cambio no sólo ha empezado, sino que ha concluido, porque es lícito suponer que si hubiera cabido aún la posibilidad de ambigüedad, el autor habría evitado la palabra. Por otro lado, he comentado en otra ocasión el uso de la palabra *conlocemur* en las oraciones sagradas visigodas; este lexema (*colgar*) se emplea para expresar el deseo de que nos situemos al lado de Dios (y no el deseo de que nos colguemos allí), y de esto cabe concluir que no ha empezado todavía el cambio semántico español (ni, en verdad, el francés, que dará en “acostar”, *coucher*).

### Conclusión

El cambio lingüístico y el cambio textual se relacionan, sí, pero hay que tener cuidado. Los reconstrutores del “protorromance” prefieren suponer que no hay enlace alguno, y trabajan sin leer ningún texto: eso no se puede justificar. Pero a la vez los hay que presuponen la posibilidad de que cada cambio textual evidencie cambio en el habla, y que cada cambio del habla debe haberse hecho visible en un cambio textual, y tampoco eso se puede justificar. En otras palabras, la filología tradicional y la lingüística histórica necesitan combinarse, y combinarse con el sentido común; y podremos aprovecharnos de la experiencia sacada de lo que se ve pasar en el mundo moderno, y de los enlaces establecidos entre el habla y la escritura por especialistas tales como Coulmas. Así, aunque quedarán dificultades —¿cómo no?— andaremos menos despistados<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El estudio referido de Carmen Pensado es *How was Leonese Vulgar Latin read?*, en *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, Londres, Routledge, 1991, 190-204; la idea de la “vida crepuscular” de morfemas es de John N. Green: *The collapse and replacement of verbal inflection in Late Latin / Early Romance: how would one know?*, en el mismo volumen, 83-99; el mejor estudio de sistemas de escrituras es el de Florian Coulmas: *The Writing Systems of the World*, Oxford, Blackwell, 1989.

Esta contribución mía, reúne algunas ideas ya expuestas en otra parte; p. ej., *Textos asturianos de los siglos IX y X: ¿latín bárbaro o romance escrito?*, *Lletres asturianas*, 41, 1991, 20-34; *La enseñanza de la ortografía en la Galicia de hace mil años*, *Verba*, 18, 1991, 5-25; *La escritura: ¿foto o disfraz?*, en *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano*, Vol. I, *Lingüística*, ed. R. Penny, Sevilla, Junta de Andalucía/Castalia, 1993, 225-34. Quiero aquí expresar mi agradecimiento a María Eugenia Alende, por haberme ayudado con el texto castellano.

